

La aplicación del PSE continúa provocando debates, a los que unos entran con la inquietud, legítima, de que si no funciona, el país se encontraría en graves problemas, que habrían de ser enfrentados con medidas sumamente rigurosas, mientras que otros, que dan por supuesto desde el principio que no va a funcionar, contemplan esa perspectiva con ilegítima satisfacción.

SIGUE EN LA PAGINA DIECISEIS

Excelencia 3/3/88
de plano

El PSE Quiere Revertir Tendencias no Corregir

Sigue de la primera plana

Desde luego que puede darse por descartado que los resultados previstos vayan a conseguirse en su totalidad. No es éste el primero, ni el único plan económico orientado a una cura de urgencia que se haya puesto en práctica en el mundo, y de los ejemplos que se pudieran mencionar, ni uno solo ha respondido ciento por ciento a las expectativas. Tampoco es necesario, pues lo que se busca es revertir tendencias, no la corrección total de los vicios económicos, que requeriría un poco más de tiempo.

El PSE, como todo pacto social, demanda concesiones y sacrificios, de las partes envueltas en él, y dado que resulta del acto político que es la negociación entre esas partes, no todos dan y reciben lo mismo, pues los sacrificios que se aceptan están en función inversa de la presión que cada grupo social es capaz de ejercer. Ante los trabajadores de México, el Presidente Miguel de la Madrid ha expresado reciente-

mente dos cosas muy importantes: que la clase trabajadora no puede asumir indefinidamente la carga principal de la crisis económica, y que el sector empresarial debería acostumbrarse a percibir beneficios más reducidos. Con otras palabras, también el candidato del Partido Revolucionario Institucional, Carlos Salinas de Gortari, en varias ocasiones se ha referido a la necesidad de disminuir la carga que los programas de lucha contra la crisis han hecho recaer sobre los asalariados. En estas manifestaciones no deben verse sólo consideraciones éticas o de simple simpatía política, sino que son también una seria reflexión acerca del peligro que el mantenimiento de las actuales tendencias económicas podría representar al llevar a límites intolerables la polarización de la sociedad mexicana. Los sectores hasta ahora más favorecidos deben tomar muy en serio estas advertencias pues de no haber cambio de rumbo, la seguridad de sus posiciones podría estar en juego.

En efecto, la solidez del sistema político mexicano ha conseguido mantener la disciplina entre los sectores que son su soporte, mientras que los que, aun siendo los mayores beneficiarios, no se consideran parte integrante de él, han asumido una cómoda e irracional postura de crítica constante al gobierno, aduciendo los nobles intereses nacionales para defender los menos nobles intereses de clase. A los trabajadores se les ha pedido aceptar el sacrificio de una constante disminución de sus ingresos reales, y han asumido ese sacrificio, evidente en la deteriorada relación entre precios y salarios, como la parte que les corresponde para enfrentar una situación económica y social que no es totalmente atribuible a la situación interna de México, pero que de todos modos afecta al país. El sector empresarial ha respondido con una campaña publicitaria de apoyo nominal, pero sigue insistiendo en una serie de posiciones contradictorias, que si tienen una aparente racionalidad, muestran las fallas estructurales que lo aquejan; por ejemplo, constantemente se ponen de relieve las ventajas de la economía de mercado y se critica al gobierno por intervenir en la

empresas que posee, a las que se acusa de ineficiencia; por otra parte, se le acusa de minar la solidez de las empresas mexicanas, al abrir las fronteras a la importación de productos con los que no puede competir.

Está perfectamente claro, a quien quiera ver lo que tiene ante los ojos, que las empresas que no pueden competir con los productos de importación es porque son ineficientes, y esa no es la falta del gobierno, sino de los empresarios, que no saben modernizarse. Los largos años de proteccionismo no han producido el efecto deseado de propiciar el desarrollo de una industria nacional poderosa, sino que han creado una serie de empresas ineficientes que no pueden exportar si no es a costa del mantenimiento de salarios muy bajos y que tampoco pueden competir con éxito con muchas de las empresas estatales. No hay economía en el mundo que pueda resistir empresas con 30% de beneficio real, como ha estado sucediendo en México. En los países capitalistas, que se suelen poner como ejemplo que se debe seguir, las empresas deben luchar duramente por sobrevivir, combinando la eficiencia con el volumen de ventas valiéndose de un proceso

constante de renovación. No es lógico, entonces, acusar de intervencionismo al gobierno, al mismo tiempo que se le pide que restablezca el proteccionismo; tampoco es legítimo declarar ineficiente al gobierno como administrador de empresas, simplemente porque hay empresas estatales ineficientes; como lo sería declarar así a todos los empresarios privados, porque algunas de sus empresas hayan tenido que ser adquiridas por el gobierno para evitar la quiebra, o hayan debido ser asistidas con sumas millonarias. Una cosa es el pluralismo político, que se debe mantener como garantía de la libertad y la democracia, y en el que todas las opciones políticas y económicas deben poder manifestarse libremente, y otra cosa es la falta de lógica y la contradicción flagrante en los planteamientos. La economía tiene sus propias leyes y no hay modo de escapar a las exigencias de la eficiencia en la producción, pues si la empresa (pública o privada) no es eficiente, alguien acaba pagando el precio: el consumidor, que compra productos caros y malos; el trabajador, que recibe salarios bajos; o el empresario, que debe cerrar su empresa por falta de competitividad. La solu-

ción no está en arrojar la carga sobre los otros sectores, sino en atacar la raíz del problema y asumir cada uno su propia responsabilidad.

En este sentido, también deben las organizaciones políticas de oposición tomar plenamente el papel que les corresponde, que no es solamente el de realizar la crítica del gobierno, sino también el de presentar programas alternativos coherentes. Subiría de nivel el debate político si en lugar de centrarse en el ataque a las personas o limitarse a descartar las soluciones ofrecidas, se centrara en los problemas concretos y planteara soluciones nuevas. Con ello se evitaría la crispación del debate, los partidos de oposición ganarían credibilidad y, a final de cuentas, todo el país saldría beneficiado. Lo que no debe hacerse, cuando hay que enfrentar una situación económica y política tan peligrosa como la actual, es pensar que la destrucción del sistema de convivencia creado en México pueda ser el camino para llegar a la solución correcta. Desde luego que el desorden beneficiaría a alguien, pero ese alguien no sería ni los trabajadores ni los empresarios, sino los enemigos de México.